

Mónada

Onán tragó saliva al oír cómo chirriaba la torre. Ignorando el aviso, forzó la resistencia de los materiales con un giro rápido hacia la izquierda y disparó en dos ocasiones. Consiguió acertar al deslizador que subía desde la curva del centro, impidiendo que alcanzase los cañones de Dina. En el otro flanco, Artus encendió las luces amarillas. Con otro movimiento peligroso –liberó una mano de la bandeja del teclado para apagar los altavoces– lanzó una nueva ráfaga, cortando la ascensión de tres deslizadores. Derribó a dos, pero el tercero apenas resultó dañado en un ala. Cuando una andanada de proyectiles lo destrozó, haciendo que cayese al vacío en dos pedazos –el contador del mapa se quedó sin metros que calcular–, Onán tuvo que reactivar el sonido para cerciorarse de que quién lo había cubierto era el Oficial, que controlaba la torre justo tras la suya. Esperó unos minutos más, los antebrazos en tensión, los dedos agarrotados sobre el teclado, respirando a ritmo irregular y sintiendo una gruesa gota de sudor resbalar desde la patilla, mejilla abajo, hasta precipitarse desde la barbilla sobre la bandeja de los teclados.

El cuadro de dialogo que identificaba al Oficial, situado en la esquina superior derecha de la pantalla, cambió de color, pasando del gris al naranja. Un mensaje se desplegó, para tapar parte de los indicadores sobre la situación de sus compañeros y el mapa de las torres.

[OBSIDIANA1602: Los radares no detectan nada en nuestro perímetro alcanzando la velocidad de un deslizador. La oleada que acaban de detener era la última de este ataque. Pueden descansar]

Onán suspiró de alivio. Se dejó caer sobre el respaldo del sillón, separándose de los teclados. Estiró los brazos, entreabriendo los dedos hasta devolverles el riego sanguíneo, y luego se los pasó enlazados por detrás de la nuca, para desentumecer el torso y las piernas. Se quitó la parte de arriba del pijama, usándola a modo de toalla sobre la cara. En la pechera gris aparecieron varias manchas oscuras de sudor. Arrojó la prenda sobre el catre, echa un guiñapo. Una pasada de la mano izquierda sobre la pantalla la hizo restaurarse. Rutina de mantenimiento. Durante unos segundos pudo contemplar su rostro reflejado en la superficie negra del periférico que se reiniciaba. El peinado militar, los ojos hundidos, la barba de tres días, la mandíbula ancha, e incluso el nacimiento del vello del pecho entre las clavículas. Lo que aquel retrato en gris oscuro no podía reflejar eran la palidez del rostro y el marrón del pelo y las pupilas. Apartó con un pie descalzo las babuchas, evitando que entorpeciesen las ruedecillas del asiento.

Cuando la pantalla regresó a la normalidad, se había abierto de nuevo el cuadro del oficial, esta vez en rojo. No enviaba ningún comunicado, era una alarma icónica: dos calaveras con sendas parejas de tibias cruzadas bajo ellas, aparecían parpadeando dentro del mismo. Un pirata de La Convención estaba surfeando en el sistema Simorg. Onán recogió los paneles del teclado de la torre –cada mitad en una bandeja anexa al escritorio– y sacó de debajo de los mismos el teclado del sistema informático. Marcó varios comandos de seguridad antes de unir su código al del Oficial. En la mitad inferior de la pantalla aparecieron los cuadros de diálogo de los técnicos que lo acompañaban. Representados en color morado, acababan de acceder al ancho de banda de seguridad Melusina 3973 –Dina–, Radamante 1109 –Artus–, Pélope 4752 –Adrián–, Gimnosperma 2348 –Rita– y Obsidiana 1602 –el Oficial–. Además de él mismo, cuyo cuadro aparecía en amarillo y parpadeante en la esquina inferior izquierda: Merkava 1138.

El Oficial utilizó la contraseña encriptada y los cinco lo siguieron al interior del Simorg. Se dividieron El Archipiélago en diez sectores, dos por ordenador. Los dedos de Onán lamentaron con un par de chasquidos el nuevo ejercicio al que los sometía. Inclinado sobre el escritorio, había extendido el mapa del sistema de seguridad a toda la pantalla. En ventanas en miniaturas se desplegaban los avances de sus compañeros. Acabó su primer sector con un par de barridos. Bizqueó.

- Aumentar la iluminación.

El habitáculo pasó de una bruma celeste a inundarse de amarillo metalizado. El catre de lona verde, sin almohada, la parte superior del pijama enredada sobre la bien doblada sábana, el bloque del disco duro, apoyado contra la pared, la entrada al diminuto aseo de alicatado blanco –sólo retrete y ducha–, el suelo de enlosado azul... Onán tardó unos segundos en volver a definir en sus retinas la habitación. La sombra del panel que la separaba del resto del apartamento se proyectaba sobre la cama. Se giró.

- La lámpara de la cocina no. A oscuras.

El flexo redujo poco a poco su potencia hasta apagarse. La mitad restante del habitáculo quedó a oscuras. Por costumbre y gracias a la luz que se proyectaba tanto desde su posición como entre las ranuras de la puerta desde el pasillo, Onán podía distinguir a izquierda la cocina, el frigorífico y el cajón de las pilas de litio, y a la derecha la lavadora, el túnel de desperdicios y el armario para los repuestos y el uniforme. Tosió. Le quedaba aún el segundo sector.

Dina avisaba con un ícono en forma de Pitt-bull ladrador que ya había terminado el primero de los suyos. Las voces del perro sonaron, por un instante, artificiales y mecánicos en los oídos de Onán. Había escuchado un perro real poco antes del comienzo de la Batalla del Archipiélago, cuando como técnico de primera aún realizaba misiones a campo abierto, y sabía que unos ladridos no podían ser nunca tan rítmicos y pautados. Comenzó con el segundo sector. Como ya no tenía que abarcar tanto espacio, aumentó el zoom del mapa, desplegando su propia red al mayor tamaño posible. El sistema defensivo que formaba junto al Oficial y sus cuatro compañeros aparecía representado sobre una maraña de cables y pantallas en forma de pentagrama. Cada puesto era una estrella amarilla de cuatro puntas. El Oficial ocupaba el espacio central y cada técnico un vértice. Unidos entre sí por líneas de puntos, Onán se encontraba en el superior, Dina caía a su izquierda y Artus a la derecha. Poco a poco los seis fueron convergiendo en la zona, encendiéndose sus estrellas con un parpadeo verde. Llegaban mensajes del Oficial a intervalos de cuarenta y cinco segundos mientras proseguía el rastreo en equipo.

[OBSIDIANA1602: El pirata es muy hábil. Probablemente trate de hacerse con uno de nuestros puestos. Vigilen tantos sus sistemas como los de sus compañeros]

La calavera y las dos tibias parpadearon a tres cables de distancia de Artus. Su cuadro de diálogo pasó a color rojo. Onán decidió ponerse en contacto directo con él. El Oficial lanzaba llamadas de alarma, y su estrella se había vuelto intermitente. Pequeñas señales de tono rosado viajaban a través de la línea de puntos hasta el vértice de Artus.

[MERKAVA1138: Radamante, lo tienes encima]

[RADAMANTE1109: No]

[MERKAVA1138: Vamos, tienes que detectarlo. Si no es así, es que ya controla tu sistema]

[RADAMANTE1109: No]

El puesto de Artus estaba ahora cubierto por un cuadrado celeste y blanco que simulaba un cubito de hielo. Onán guardaba unos cuantos en su nevera desde la última visita de Rita y sabía que esa representación tampoco era real.

[OBSIDIANA1602: Aíslen a Radamante]

Calculó que el habitáculo de su compañero se encontraba al otro lado del patio, tras la fuente, en el número IX, y que podría llegar hasta él andando en pocos minutos. Pero era preferible arreglar primero el sistema que arriesgarse a un contacto personal. Desenchufar un equipo era una medida de emergencia que nunca se atrevería a tomar sin permiso. No pudo evitar lanzar un par de miradas culpables hacia la puerta y a su tarjeta, abandonada sobre el bloque del disco duro, a la izquierda de los teclados. La voz ronca y con entonación infantil de Dina le llegó a través del audio.

¿Cómo nos ha sorteado a ti y a mí?

Onán carraspeó antes de contestar. Llevaba dos días sin hablar. Una esquina del cuadro de Dina indicaba que, además del acceso a los altavoces, ella quería abrir una ventana para la cámara de video.

Debe tener unos códigos encriptados viejos o parciales, y por eso no ha atacado a todos. Esta sólo y somos seis –se le escapó un gallo–, así que lo mejor que puede hacer es intentar que –otro falsete– choquemos

Sin dejar de cortar conexiones alrededor de la red de Artus, tecleó:

[MERKAVA1138: Por favor, Melusina, continúa por aquí. Me resulta algo molesto utilizar el altavoz]

Yo trabajo con comandos de voz, por eso no estoy tan afónica como tú

[MERKAVA1138: No sé si afónico es la palabra correcta]

Da igual

[MERKAVA1138: Concéntrate, después hablaremos]

¿Y sí no hay después porque destroza el sistema?

Onán suspiró. De fondo le llegaba ahora por el audio el teclear de Dina, y el ícono de su ordenador estaba disolviendo la línea de puntos que lo unía a Radamante.

[MERKAVA1138: Somos vecinos]

Introdujo un nuevo comando, aislando completamente a Artus de su sistema. Dina no contestaba. Su puesto dejó de parpadear unos instantes. La estrella del Oficial comenzó a arder en llamas. Onán se preguntó si la simulación del fuego sería tan irreal como las que él ya conocía. Envió un comando de protección. Un cuadro de diálogo de Artus que llegaba con un par de segundos de retraso se abrió ocupando toda la pantalla, en color morado.

[RADAMANTE1109: Estoy aquí]

Por segunda vez en el día, vio su rostro reflejado en la pantalla del ordenador, en esta ocasión con la mandíbula desencajada y los ojos a punto de abandonar sus órbitas. Presionó todas las teclas a la vez con las palmas abiertas.

- ¡Comando de voz! ¡Expulsa! –gritó.

No sabía si Dina podía oírlo ahora. El ordenador de Artus quedó definitivamente desconectado del resto. La estrella de cinco puntas se había roto y ahora era un trapecio imperfecto. El ordenador del Oficial había vuelto a la normalidad y las calaveras habían desaparecido de la esquina superior derecha. Onán suspiró una vez más, separándose del teclado unos centímetros.

La contestación de Dina a su último comentario sobre los cubículos le llegó con el silbido que indicaba el retraso en los mensajes de audio.

No hables de eso. Eres un desvergonzado

Él sonrió. Iba a pulsar con el índice la esquina superior derecha del cuadro de Melusina para permitir que se activase la cámara cuando escuchó gritos en el pasillo, fuera del habitáculo. No se consideraba capaz de calcular la distancia ni reconocer su voz, pero tenía que ser de Artus. Se puso en pie, provocando con el impulso que la silla rodase hasta chocar con la cama. Llegó hasta la puerta en un par de zancadas, descalzo y a tientas. Tecleó en el panel de seguridad el código encriptado que activaba la mirilla de memoria. Aplastó la oreja contra la superficie metálica, consiguiendo que la mejilla le ardiese de frío y la barba le raspase la piel. Una voz de hombre, probablemente Artus, gritaba algo que no escuchó bien. El ruido indicaba movimiento de dos personas más por lo menos, pero no podía estar seguro.

La mirilla se abrió con un crujido y Onán pegó sus ojos a la ranura. Las lámparas del pasillo habían reducido la iluminación normal en dos tercios más o menos, y desde su posición apenas podía distinguir bultos y sombras en tonos de gris. El habitáculo X estaba abierto, y junto a la puerta había tres figuras a las que sólo podía ver el torso. Una de ellas, que gesticulaba y parecía ser responsable de los gritos, trató de pasar entre las otras dos y avanzar hacia el ascensor de subida –en estos instantes fuera del campo de visión de Onán–, pero la detuvieron a empujones. Los perdió de vista cuando cayeron tras la fuente. No estaba seguro de la mayoría de los movimientos debido que el cristal de la claraboya podía haberlos difuminado. Pensó que Artus había sufrido un ataque de histeria. Pequeños rayos de luz que surgían desde las mirillas de las puertas IX, XI y XII le indicaron que no era el único que observaba.

Dos llamadas desde el ordenador lo hicieron apartarse de la puerta. La primera era del Oficial, que abría un nuevo cuadro de diálogo para los cuatro subordinados que le restaban. Lo acompañaba en el audio el sonido de una campana.

[OBSIDIANA1602: Es necesario realinear los puestos para recuperar la formación de pentagrama. El mío ocupará la posición de Radamante hasta nueva orden]

La segunda era de Dina, que había sorteado su clave y encendido las cámaras sin permiso. Su cara estaba recluida en una pequeña ventana en la esquina inferior derecha, en negativo debido al ángulo y la distancia desde las que Onán observaba. Sus ojos, que se veían amarillos y negros, estaban casi pegados al objetivo y parecían el doble de grandes, dándole aspecto desamparado. Además, chillaba por el audio, superponiéndose a las campanas:

¡Sepárate de la puerta! ¡Sepárate! ¡Tengo miedo!

Onán obedeció conteniendo una sonrisa. Regresó junto al ordenador andando, recuperó la camiseta del pijama y, viendo que las manchas de sudor habían desaparecido –que no el olor–, se la puso de nuevo. Luego ocupó el asiento e intercambio las bandejas del escritorio para dejar el teclado de mandos a mano sin ocultar el del sistema.

- Comandos de voz.

Amplió con el índice la ventana de Dina. Ahora podía verla en color: el pelo corto y rubio con el flequillo cayéndole entre las cejas, los ojos azules, la misma palidez y las mismas ojeras que Onán y los hombros del pijama gris adivinándose cuando comenzó a alejarse de la cámara. Ella también podía verlo a él.

Menos mal que has vuelto

La puerta es segura

Pero no tienes que...

Las últimas palabras fueron engullidas por un nuevo repique de campanas, más potente que el anterior. El mensaje del Oficial se extendió cubriendo la pantalla completamente.

[OBSIDIANA1602:

Felicidades por su trabajo. El intruso ha sido expulsado.

El sistema de Radamante1109 ha sido temporalmente deshabilitado al ser el principal afectado. El técnico ha sufrido un ataque de ansiedad ante la destrucción de su equipo y ha tenido que ser atendido por dos miembros del personal auxiliar. No se preocupen, es una reacción normal y su compañero se recuperará rápidamente. Debemos comenzar las reparaciones de la red para que pronto pueda reincorporarse a su puesto. En cuanto al asalto de los deslizadores, los informes indican que La Convención no abandonará sus puestos de lanzamiento en las islas exteriores del Archipiélago, pero tardará un tiempo en volver a enviar oleadas como las de hoy. Se están planificando contramedidas ante un posible ataque terrestre, así que preparen sus equipos por si es necesario dirigir torretas móviles. Si se decide realizar un ataque aéreo sobre las posiciones de lanzamiento, les será comunicado con un par de horas de antelación]

El cuadro se replegó en su esquina. La ventana de Dina regresó, mostrándola pendiente de un punto indefinido a su izquierda. Los cuadros morados de la mitad inferior eran ahora sólo tres. Onán introdujo un par de comandos para reiniciar los sistemas de control de la torre y luego replegó los mapas a la barra de menús de la izquierda. Recuperó las babuchas a tientas con los pies. Retó a Adrián a una partida de ajedrez rápido, sin ni siquiera usar un cuadro de diálogo, ofreciéndole el tablero. Contestó eligiendo blancas y abriendo con el peón de rey.

En la pantalla apareció una llamada privada del Oficial:

[OBSIDIANA1602: Esta vez ha estado cerca, ¿verdad, Merkava?]

Onán sonrió. Los dedos sudados resbalaban sobre las teclas.

[MERKAVA1138: No ha sido para tanto. Nos han entrenado bien]

Dina le sacó la lengua desde su ventana. Él le guiñó un ojo.

[OBSIDIANA1602: ¿Puedo confesarle algo, Merkava?]

[MERKAVA1138: Le escucho, oficial Obsidiana]

Atrapó un alfil a Adrián.

[OBSIDIANA1602: Durante el ataque de los deslizadores, y, sobre todo, después, con el espía, he sentido miedo de que El Archipiélago pudiese caer en manos de La Convención]

Era una celada, Adrián acababa de dejarlo sin dama. Dina dio dos golpecitos con el dedo índice sobre la pantalla, dos pitidos agudos en el audio. Onán redujo las ventanas de sus compañeros para poder concentrarse en su respuesta al Oficial.

[MERKAVA1138: Todo el mundo tiene miedo. Recuerdo una anécdota de las clases de Historia Militar. Cuando Napoleón no era más que un joven sargento, durante las primeras guerras de la Revolución, participó en el sitio de Tolosa y quedó encargado de supervisar los cañones. Al empezar la batalla, cada que se disparaba un proyectil desde su bando o desde el contrario, Napoleón echaba a temblar. Un soldado veterano comenzó a burlarse de él. “Mirad, mirad al sargentillo joven, tiene tanto miedo que va a hacérselo encima, ¿cómo habrá llegado tan alto siendo tan cobarde?”. A esto, Napoleón contestó: “No sabes lo que es ser valiente, yo lo soy mucho más que tú”. “¿Ah, sí? ¿Por qué?” “Porque el valor no es la ausencia del miedo, sino la capacidad de dominarlo. Si tuvieses la mitad del miedo que tengo yo, hace tiempo que habrías salido corriendo”]

Adrián puso en pausa la partida. Tampoco había movido en ese tiempo. La respuesta del Oficial se demoraba. Lo cierto es que no recordaba si era el sitio de Tolosa o el de Tolón, o si cuando Napoleón era joven en el ejército francés existían los sargentos. Dina abrió una pantalla de texto.

[MELUSINA3973: Es casi la hora. Hay que salir a recargar el litio]

[MERKAVA1138: Espera un minuto. Con tantas cosas, se me había olvidado]

El Oficial contestó al fin:

[OBSIDIANA1602: Su anécdota resulta reconfortante, Merkava. Permítame una pregunta más. ¿Duda usted alguna vez?]

Onán tecleó la respuesta mientras miraba de reojo la pantalla de Dina. El ángulo de la cámara le permitía ver el catre, donde ella tenía ya preparado el mono para salir al exterior. Había empezado a desnudarse.

[MERKAVA1138: ¿De qué, señor?]

De nuevo retraso en la respuesta. Dina se cambiaba de ropa. Cuando acabó –Onán, pendiente de los brazos rosados, del trasero redondo, había olvidado al oficial–, regresó al ordenador presionó la pantalla un par de veces –pudo ver como su índice se aplastaba contra la ventana–, haciéndole recibir dos pitidos de impaciencia por el audio.

[OBSIDIANA1602: De nada, Merkava. Seguiremos en contacto]

Y sin esperar a que Onán se despidiera, cerró la ventana. Tecleó un aviso a Dina.

[MERKAVA1138: Ahora mismo voy]

Ella sonrió desde su ventana. Onán caminó hasta el armario y extrajo los zapatos y su propio mono, una prenda azul de una pieza con dos bolsillos en los costados y otro en el lado izquierdo del pecho. Dina ya se había marchado. Se cambió y metió el pijama en la lavadora. Luego se agachó entre la cocina y el frigorífico y cogió las dos pilas vacías del almacén. Las colocó junto a la puerta y comenzó a teclear códigos en el panel. Antes de abandonar el habitáculo, con la puerta ya abierta, se giró para extraer del frigorífico –una vaharada de frío le golpeó la cara– uno de los tres cubos de hielo que aún le quedaban. Se lo metió en el bolsillo del pecho, sintiendo cómo empezaba a derretirse.

Salió al patio. La luz había vuelto a la normalidad y la ventilación funcionaba mejor que en los cubículos: el aire se respiraba fresco y olía a lejía. Dina lo esperaba junto a la fuente, mirando al suelo. Avanzó hacia ella cargando una pila en cada mano. Su nariz quedaba a la altura del desordenado flequillo rubio, y pudo apreciar una mezcla del olor dulzón de la pequeña película de sudor que la cubría tras el ejercicio reciente y de lo que siempre había supuesto su aroma natural, parecido al de las manzanas.

Desde el cilindro del ascensor de subida, apenas un par de puertas a la derecha de la XV, la suya, llegó un eco del ruido sordo que anunciaba las paradas. Indicaba movimiento en alguna de las plantas inferiores. Ambos se giraron. Siempre resultaba difícil saber qué ocurría en los demás niveles. Intentarlo por el tragaluces rodeado por la fuente era poco práctico. Incluso siendo lo suficientemente temerario para usar como poyete la misma fuente, el cristal de seguridad –en teoría a prueba de proyectiles– impedía asomar siquiera la cabeza. Desde la mejor perspectiva que Onán podía lograr sólo se divisaban las espaldas de blanco metalizado de las fuentes, los techos con sus correspondientes lámparas de flexo y los conductos del sistema de ventilación, repitiéndose y superponiéndose hasta donde se perdía la vista. Si bajaba la vista, suelos escaqueados en blanco y negro y las bocas perfectamente alineadas de

las fuentes. A veces se podía ver a alguna pareja de técnicos recargando sus pilas de litio. Onán suponía que su planta se vería de forma similar desde las otras.

- ¿Vamos? —señaló alternativamente sus pilas y las de Dina.

Sentía el hielo derritiéndose en el bolsillo. Debía tener una mancha de humedad en el pecho. Se arrodillaron y destaparon una de las bocas de la fuente. Insertaron coordinadamente sus códigos correspondientes y conectaron la primera pila a la boca. Después de unos minutos, estuvo llena. Repitieron la operación tres veces más. Mientras estaban ocupados, habían escuchado abrirse dos puertas en el otro extremo del rectángulo del pasillo, casi a la altura del cilindro del ascensor de bajada. Onán supuso que se trataba de III y IV: Adrián y Rita. Cuando acabaron y se puso en pie, pudo comprobarlo. Se encontraban en su extremo de la fuente, difusos por la intermediación del cristal y ocupados en la recarga. Adrián permanecía agachado, sujetando una pila, sólo veían su espalda arqueada. Rita, la melena pelirroja y grasienda recogida en una coleta, los ojos claros, flaca y huesuda, se encontraba erguida y los saludó agitando una mano, sacando la lengua. Dina, que la miraba de reojo, se ruborizó.

Regresaron a sus habitáculos, aún abiertos. Onán depositó sus pilas recargadas —su peso se había triplicado— junto al armario, para tropezarse con ellas y recordar que debía cambiarlas. Dina había guardado las suyas también, y lo esperaba con la puerta entreabierta. Onán metió las manos en los bolsillos del mono. Dina seguía mirando al suelo. Alargó un brazo hacia el interior de la casa, orientando el cuerpo de forma que le dejaba espacio para pasar.

- No seas desvergonzado. Entra.

Una vez dentro, sacó el cubito del bolsillo —ya era poco menos que una bolita— y se lo mostró sobre la palma de la mano.

- Hielo —dijo.

Media hora después, Onán regresaba a su habitáculo. Lo recibió el zumbido del ordenador funcionando y el mismo olor a pegajoso que acababa de abandonar en el cubículo de Dina. Cerró la puerta y la encriptó. Cogió las pilas y las llevó hasta el bloque del ordenador. En la pantalla ya lo esperaba una ventana de Dina, que lo saludaba con la mano sonriendo. Ella aún no se había vestido.

Hola

Hola. Voy a ducharme

Ella arrugó la nariz.

Yo lo haré en el próximo ciclo de guardias. Ahora estoy hablando con Rita

Se acercó hasta la lavadora y extrajo el pijama, escurriendolo sobre el túnel de desperdicios. Se lo llevó hasta el cuarto de baño, cerró la portezuela y lo extendió sobre la tapa del retrete. Luego se desnudó y entró en la ducha.

Había dejado las cámaras y el audio encendido, así que mientras se aseaba le llegaron retazos de la conversación de Dina con Rita. Adrián acababa de abandonar el habitáculo de ésta, y al parecer comparaban anécdotas. Cuando regresó, encontró a Dina en su ventana, aún sin vestir, comiendo indolentemente un bocadillo y dejando caer las migas sobre el teclado – no podía verlo, pero lo suponía– mientras probablemente jugaba un ajedrez rápido contra Rita. Lo observó de reojo y se volvió hacia él. Estaba vestido con el pijama aún húmedo.

Pareces muy limpio

Lo había dicho en tono burlón, dándole retintín a la última palabra mientras movía la nariz. Onán sonrió. Después de dejar el mono sobre el catre, fue hasta el frigorífico, sacó dos huevos y cogió una de las sartenes que colgaban de la pared. Alzó la voz.

- Verte comer me ha dado hambre.

Pero Dina no dio señales de haberlo escuchado y ya observaba de nuevo a un punto indefinido a su izquierda. Cuando hubo preparado una tortilla, se llevó plato y tenedor hasta el escritorio, procurando no derramar goteones de aceite. Comió mientras conversaba con Adrián y retaba a Dina a nueva partida.

[PÉLOPE2752: Cuando estaba en la planta 107, en un sistema de heptaedro, también uno de mis compañeros se encontró con su sistema copado. Pero al sexto ciclo de guardia ya había vuelto]

[MERKAVA1138: ¿En la 107? ¿Cómo se llamaba?]

[PÉLOPE2752: Burroughs 9901]

[MERKAVA1138: Creo que fue técnico de primera en el mismo pelotón que yo]

El cuadro de diálogo del oficial y la estrella de cinco puntas continuaban en la esquina superior derecha, impertérritos. La cabeza le pesaba un poco, así que acodó el brazo derecho sobre la bandeja del teclado –crujió levemente– y apoyó la barbilla en la palma de la mano, tecleando sólo con la izquierda

[MELUSINA3973: ¿Sabes que sólo tengo conectada la cámara contigo?]

Contuvo una sonrisa. Dina se dio cuenta, y ella si sonrió abiertamente.

[MERKAVA1138: Me lo imaginaba]

Sintió que los párpados le pesaban.

[MELUSINA3973: ¿Tienes sueño?]

[MERKAVA1138: Sólo un poco]

[MELUSINA3973: Échate y deja el volumen al máximo. Hoy no habrá más alertas, pero si las hay te despertará mi voz]

Onán se acarició el mentón.

[MERKAVA1138: De acuerdo. Giraré la cámara para que puedas verme]

[MELUSINA3973: Sólo el micrófono. Te oiré respirar]

Onán obedeció. Luego se quitó el pijama y lo abandonó arrugado encima de la silla, enviando el mono a acompañarlo. Se echó en el catre, de lado, cubriéndose con la sábana.

Despertó con el ruido de una multitud corriendo por el pasillo y golpes en las paredes. Antes de dormir había dejado las dos luces a medias, pero ahora el habitáculo entero se encontraba a oscuras. Ni siquiera la iluminación de la pantalla del ordenador. También faltaba el familiar zumbido de fondo del bloque del disco duro

- ¡Encender la luz! ¡Luces! —se le escaparon varios gallos.

No hubo respuesta. Saltó sobre la silla, sentándose desnudo sobre el mono y el pijama mal doblados, dispuesto a preguntar a Dina que ocurría. Se movía de memoria. Del pasillo llegaban fogonazos de luz a través de las rendijas de la puerta que se colaban hasta iluminar precariamente el habitáculo. Eran demasiado potentes y se movían, así que asumió que se trataba de las linternas del personal auxiliar y que las lámparas del pasillo también se habían apagado.

- Comando de voz. Activar pantalla. Llamar a Melusina. Encender las cámaras.

El ordenador no reaccionó. Se arrodilló sobre las baldosas heladas y puso las dos manos sobre el bloque del disco duro. Estaba caliente, pero no hacía ruido ni vibraba. A tientas, encontró las dos pilas de litio, abrió el compartimento y las cambió como mejor supo, con la ayuda de la escasa iluminación de las linternas del exterior. Se hizo daño en los dedos al acabar de ajustarlas y cerró la chapa del bloque con un golpe demasiado brusco que la hizo crujir. Repitió las órdenes.

- Comando de voz. Activar pantalla. Llamar a Melusina. Encender las cámaras.

Sus ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad. El ordenador tampoco se inició esta vez. Tomó y expulsó aire varias veces, desnudo y arrodillado junto al disco duro. Luego recuperó el mono y se vistió, casi haciéndose daño al subir la cremallera. Se puso las babuchas y se agachó una vez más, bajo la mesa. En un cajón, oculta entre las bandejas de los teclados, se encontraba su arma reglamentaria, una pistola de electricidad estática, con cañón corto y que no había usado nunca. De pie junto al panel que separaba la habitación del resto del cubículo, mientras la blandía en el aire sin saber exactamente qué iba a hacer con ella, escuchó un grito de mujer. Era la voz de Dina.

En un primer momento pensó que el ordenador volvía a funcionar y que trataba de advertirle de que se encontraban en mitad de una alerta. Pero luego cayó en la cuenta: la había oído de verdad, a través de la pared. Se escuchaba movimiento en su cubículo: objetos que caían al suelo, algo parecido a una pelea. Las otras voces que podía identificar eran más graves y parecían enfadadas. Dina sólo chillaba. Empezó a golpear la pared con el puño libre.

- ¡Melusina! ¡Dina!

Ella chilló más alto, sin que Onán supiese si se debía a que había escuchado su llamada. Dos de los anárquicos haces de luz se colaron por las rendijas, deteniéndose y cegándolo unos instantes. Se protegió los ojos con la mano libre y escuchó un silbido que le recordó a los globos de las demostraciones del campamento. Cuando recuperó del todo la vista se encontró frente a una luz anaranjada, potente, que recorría acompañada de un reguero de chispas el contorno de la entrada, quemando la cerradura, el panel y los goznes.

La puerta cayó en pocos segundos, con estruendo metálico. La luz naranja se apagó con otro silbido y Onán quedó ante los focos de varias linternas. Apuntó su pistola hacia ellos. Los sostenían las sombras de tres hombres al menos veinte centímetros más altos que él que recortaron la distancia en apenas un par de pasos. Un golpe seco en la mano lo obligó a soltar el arma. Después recibió un bofetón y un puñetazo detrás de la oreja, cayendo de medio y lesionándose un codo. Lo sujetaron por debajo de los sobacos y lo arrastraron hasta el patio.

La confusión en el pasillo era aún mayor de lo que parecía desde el habitáculo. Mientras lo empujaban casi tropezó con la caja del soplete que habían usado para derribar la puerta. Obligado por dos de sus captores –una mano en cada hombro– a arrodillarse frente a un cuarto, Onán apenas podía otear por encima de la fuente y la claraboya, y sólo intuía la hilera de puertas que seguían a la suya por entre las piernas de sus enemigos. La combinación de más de una veintena de luces le permitía ver que no sostenían las linternas en las manos, sino que las llevaban incorporadas en las hombreras de sus uniformes. Consistían en un casco parecido al de los pilotos de los deslizadores, con viseras de vidrio bajadas que impedían distinguir poco más que las barbillas; petos que se alargaban hasta la cintura, cinturones equipados con varios pistolas eléctricas, porras y un par granadas de gas, y botas hasta el muslo, todo en tonos azules y grises que la confusión le impedía concretar. Ninguno llevaba armas en las manos, ni había señales de que las hubiesen usado. El que estaba frente a él ni siquiera lo miraba.

- ¿Qué número era? –preguntó a los otros.

Podía ver que la mayoría de los técnicos de la planta se encontraban ya en situaciones parecidas a la suya. Casi todos habían sido esposados, así que no le extrañó cuando le liberaron un hombro y sintió el frío tacto del metal en las muñecas. Contestó al oficial el mismo soldado que acaba de inmovilizarle las manos.

- La quince de esta planta, señor.

Por la voz, le sorprendió comprobar que se trataba de una mujer. No podía verlos bien porque otro de sus captores lo obligaba a mirar hacia el suelo, pero empezaba a resultarle evidente que con esas armaduras tan pesadas era imposible distinguir el género de los soldados.

- Bien –se agachó hacia Onán–. Identifíquese, técnico.

Iba a contestar cuando un alboroto procedente del habitáculo de Dina lo interrumpió. Dos soldados la sacaban a rastras al pasillo mientras ella chillaba, lloraba y pataleaba. No llevaba el mono, sino el pijama gris reglamentario. Algunos mechones de pelo se le pegaban a la cara a causa de las lágrimas. Sus chillidos eran cada vez más estridentes, de forma que

casi se imponían sobre el ruido de puertas forzadas y golpes. Uno le tiraba de los brazos mientras otro trataba de inmovilizarle las piernas para evitar que diese patadas.

- ¿Qué hacen? –bramó el oficial.

El que la sostenía por los brazos la soltó de golpe, dejándola caer. Dina emitió un quejido lastimero al darse en la cabeza. Onán trató de ponerse en pie, pero sus custodios se lo impidieron atenazándole los hombros con más fuerza.

- Se resistía... Se metió debajo de la cama, nos mordió, ella... – se excusaba entre balbuceos el soldado.

El oficial levantó una mano con la palma hacia arriba. Se había subido la visera del casco.

- Basta –señaló con la barbilla a la soldado que custodiaba a Onán–. Tuckleberry, lleve a la técnico de vuelta a su cubículo, póngale un tranquilizante y vístala con el uniforme reglamentario de La Alianza.
- Sí, señor –contestó, mientras dejaba a Onán.

Los dos soldados se apartaron de Dina, que tras el golpe se limitaba a llorar mansamente. Tuckleberry la levantó y le pasó un brazo por debajo de los hombros, mientras le susurraba al oído palabras que Onán no podía distinguir. Luego desapareció con ella en el interior del cubículo.

El oficial se giró de nuevo hacia Onán, poniéndose en cuclillas para que sus rostros quedasen a la misma altura. La visera levantada casi tocaba la frente del prisionero, que pudo verle bien la cara. Tenía un espeso bigote moreno que le cubría el labio superior, barba de varios días y un rostro ancho, moreno y curtido. Probablemente, calculó, su anchura no debiese tanto a la armadura como la de Tuckleberry.

- Identifíquese, técnico.
- Merkava1138 –musitó Onán, mientras sentía enrojecer sus mejillas.

El oficial sonrió.

- Ah. Napoleón.

Sevilla, 2008